

MUJERES EN GUERRA. UN ACERCAMIENTO A HISTORIAS DE VIDA DE EXCOMBATIENTES COLOMBIANAS

Virginia Capote Díaz
Universidad de Granada

En la última década han salido a la luz diferentes investigaciones por parte de intelectuales que han dedicado sus esfuerzos a la construcción de un canal adecuado para que las mujeres oprimidas por el conflicto armado colombiano tengan la oportunidad de contar su experiencia, su vida y su relación con la historia. Para el estudio de esta cuestión, partimos del análisis de dos de las obras más relevantes de este tipo de discurso de Patricia Lara y Elvira Sánchez Blake tituladas *Las mujeres en la guerra* y *Patria se escribe con sangre*, respectivamente.

Las obras presentan diferentes testimonios de mujeres que han sido afectadas por la violencia a nivel pasivo o han sido partícipes de guerras, pero por cuestiones obvias de tiempo, nos centraremos en aquellos testimonios que pertenecen a mujeres ex combatientes que han formado parte de algunos de los movimientos insurgentes más importantes de la historia nacional colombiana.

A partir de éstos trataremos de ver de qué manera sienten las mujeres la guerra y la revolución, cómo valoran su esencia y su feminidad en la lucha y en definitiva de qué manera llevan a cabo su particular lucha por la supervivencia.

Para la realización de este estudio hemos escogido dos testimonios masculinos con la finalidad de trazar un contrapunto en el análisis de estos tres textos referidos a historias de mujeres. Utilizaremos así la historia ofrecida por el integrante del M-19 Antonio Navarro Wolff al periodista Juan Carlos Iragorri titulado *Mi guerra es la paz* y el de un ex integrante de las Farc titulado *En el infierno. Una guerrilla que se devora a sí misma*.

En el año 2000 el Premio Planeta de Periodismo se destinó a una de las obras más representativas del periodismo literario colombiano de aquellas catalogadas como Historias de Vida. Patricia Lara Salive se alza con el galardón por su trabajo *Las mujeres en la guerra*. Se trata de un conjunto de pequeños relatos biográficos de mujeres que de una manera o de otra han sufrido la guerra y la violencia colombiana. Ese mismo año, Elvira Sánchez-Blake publica su obra *Patria se escribe con sangre*, un

compendio de dos testimonios, precedidos por un amplio estudio crítico, realizados a dos mujeres colombianas que han vivido la guerra en primera persona.

Las historias de vida pueden considerarse como un género a caballo entre el periodismo y la literatura. Con rasgos definitorios propios de la entrevista, el reportaje y con elementos claramente obtenidos del testimonio se caracterizan por mostrar a través de pocas páginas, por lo general, un episodio o aspecto concreto de la vida de un personaje o protagonista que ve la luz a través de la mediación de un periodista que se encarga de trasvasar la historia del canal oral al canal escrito (Navia Velasco, 2005, 17-18), así como ofrecer un desarrollo de la misma a través de una estructura y un formato previamente estudiados y establecidos.

Este género ha sido llevado a cabo de manera bastante fluida a partir de la década de los noventa, momento de gran efervescencia del conflicto armado colombiano. Se trata de un cauce muy propicio para expresar una historia personal de manera concisa, ágil y directa, así, que escritores como Alonso Salazar¹, Elvira Sánchez Blake, Patricia Lara, Silvia Galvis o Constanza Ardila han hecho uso del mismo para dar lugar a una nueva representación de la manera en la que las mujeres colombianas sufren en su cuerpo la experiencia de la violencia.

De esta manera, vemos cómo la particularidad de las obras de Blake y Lara consiste en el hecho de actuar de mediadoras letradas con sus testimoniantes, las cuales a pesar de constituir en sí mismas historias individuales, hacen referencia con su experiencia a toda una colectividad, lo que les permite constituir un símbolo y ejemplo de un determinado grupo social.

Patricia Lara presenta una obra polifónica fruto de una exhaustiva investigación en la que se acerca a los recovecos más recónditos de los episodios de vida de diez mujeres colombianas. Participan de ésta personajes de ideologías contrarias, clases sociales diferentes, posiciones políticas opuestas, y realidades vitales que nada tienen que ver entre sí. Con estas diez historias, monta un rompecabezas en el que cada relato simboliza a cada una de las piezas que conforman el mapa social colombiano en el momento del conflicto armado.

Sánchez-Blake centra su obra en las vidas de dos únicas testimoniantes que, sin embargo, bastan para ejemplificar todas y cada una de las problemáticas fundamentales

¹ Es uno de los pocos intelectuales masculinos que han ofrecido su obra como espacio de expresión de la voz femenina.

que asolan a las mujeres en la vida colombiana desde la aparición de la ola de Violencia en los años cincuenta hasta la actualidad.

Si tuviéramos que realizar una división de *Las mujeres en la guerra*, hablaríamos en primer lugar de los tres primeros testimonios, pues, éstos representan a mujeres ex combatientes, o pertenecientes a reconocidos movimientos de conflicto que han formado parte activa, como agentes, de la guerra que devasta el país. Así quedan encargados de inaugurar el libro las historias de una ex combatiente del ELN y el M-19, de la comandante de las FARC y de una dirigente de las Autodefensas.

Un segundo sector del trabajo haría referencia a mujeres consideradas como víctimas de la violencia a nivel pasivo.

En *Patria se escribe con sangre* el primero de los testimonios corresponde a Inés, una mujer de dura infancia que sufrió en primera persona la Violencia desatada en los años cincuenta y que trata de luchar a lo largo de su vida contra las injusticias sociales y contra designios de la prostitución, tan común en aquella época en vidas marcadas por la pobreza y semejantes a la suya. El segundo testimonio, realizado a modo de entrevista, pertenece a María Eugenia Vásquez Perdomo, La Negra, una ex guerrillera del grupo insurgente M-19 que se caracteriza por ofrecer radicalmente su vida a cambio de la revolución y los ideales que la llevan a ella.

El resultado de ambas obras es la creación de una suerte de alegoría de lo que es la nación, pues, de la manera más representativa posible, queda metaforizada cada una de las representaciones sociales tanto a nivel de clases, como en cuanto a la distribución de la sociedad en categorías tales como víctimas/ victimarios, guerrilleras / paramilitares, FARC/ ELN /M-19, y viudas / huérfanas / madres de secuestrados y asesinados.

A través de la creación de este microcosmos de mujeres, tanto Patricia Lara como Sánchez-Blake plantearían, al contrario de lo que ha venido haciendo el punto de vista tradicionalista y hegemónico, lo que para ellas sería el reverso femenino de este período concreto de la historia de Colombia, un momento en el que la violencia y los efectos corrosivos de la guerra desgarran por igual a guerrilleras, paramilitares, ricas y pobres, adultas y a niñas, en definitiva, a todos y a cada uno de los estamentos que conforman la sociedad.

El mensaje que se desprende en ambas obras acerca del conflicto que vive el país es el de la existencia de un sistema que ha hecho que mujeres con interioridades afines sufran, desde posiciones diferentes e incluso enfrentadas un mismo dolor,

motivado, al fin y al cabo, por una misma realidad. Que ninguna de las mujeres se sienta cómoda en la guerra es quizá la característica que unifica a todas ellas. No solamente se ofrece una visión del conflicto desde todos los ángulos que la conforman, sino que la especificidad de las obras consiste en ahondar, en la medida de lo posible, en la importancia del detalle de cada historia personal.

Estos testimonios ofrecen una visión de la historia de Colombia desde el lado más humano de ésta, pues se constituyen como un medio de desahogo, comprensión, autorreflexión sobre las experiencias vividas y las decisiones en ella tomadas.

Con este tipo de artilugio literario ambas autoras no sólo se queda con los datos más objetivos de la cuestión sino que dan un paso más al ofrecer, también, los sentimientos y las verdades más íntimas que se generan en estas mujeres a partir de las consecuencias más dolorosas de esta guerra.

Comencemos por el primer testimonio que cuenta la vida de Dora Margarita, una joven colombiana, sumida en la más absoluta pobreza que acarreado el lastre de toda una serie de penurias sufridas desde las primeras etapas de su infancia, decide alistarse al movimiento guerrillero abandonando su vida, familia y amor, por la causa. De esta manera, progresivamente va desprendiéndose de sus referentes vitales anteriores y acaba radicalmente sumergida en la lucha guerrillera en la cual alcanza posiciones importantes de poder.

El segundo testimonio pertenece a Olga Lucía Marín, comandante de las Farc y mujer del ya desaparecido Raúl Reyes. Perteneciente a la clase media, su opción por ingresar en la guerrilla estuvo motivada por fuertes convicciones. Lleva a cabo una intensa vida política. Pues inició su actividad en la Juventud Comunista y ha llegado a ser la responsable internacional de dicha organización.

Ya en la obra de Sánchez – Blake vemos el testimonio de María Eugenia Vásquez Perdomo, una de las ex integrantes del M-19 más famosas en el contexto sociopolítico colombiano, pues además de haber publicado su propio testimonio autobiográfico, titulado, *Escrito para no morir, Bitácora de una militancia*, ha prestado su voz a diferentes periodistas e intelectuales que han hecho de su relato secciones imprescindibles en sus respectivos trabajos. Militante en el M-19 desde su nacimiento hasta la desmovilización del grupo guerrillero ha sido testigo directo de los episodios más importantes de la historia del movimiento.

Estamos haciendo uso, así de tres testimonios de mujeres integrantes en los tres grupos guerrilleros más significativos del país: Las Farc, el ELN y el M-19. ¿Qué se

desprende de ellos? Como dijimos, hemos utilizado el testimonio de dos exguerrilleros para realizar el análisis de la materia utilizada.

Si atendemos al testimonio del ex guerrillero de las Farc titulado *En el infierno. Una guerrilla que se devora a sí misma* encontramos un sin fin de recreaciones explícitas en episodios de violencia. Se centra en la manera de matar de los guerrilleros y en la forma agónica de morir de las víctimas. De esta manera reproduce una estética sangrienta en la que el morbo por las torturas, el número de masacres a las que asiste, y la recreación en lo grotesco juegan un papel fundamental. Este tipo de narrativa no se reproduce en los testimonios femeninos, los cuales llevan a cabo un modo de contar mucho más simbólico y sugerente de la imagen de la guerra que éstas pretenden transmitir. Reflexiones sobre el conflicto guerra - familia que de manera tan constante aparecen en los testimonios femeninos quedan reducidos aquí, por tanto, a un par de párrafos a lo largo de las 120 páginas que configuran el relato.

En el testimonio - entrevista llevado a cabo a Navarro Wolff por Juan Carlos Irigorri, una vez más encontramos escasas reflexiones acerca de la relación del sujeto con la guerrilla. Éste último tan sólo abandona la perspectiva algo impersonal de su retórica al hacer frente a la experiencia del atentado que le costó una pierna, el cual aparece como uno de los únicos elementos personales de su relato. Así su testimonio, además de estar constituido a través de un lenguaje mucho más plano, más lineal y carente de expresividad, se reduce a responder preguntas dirigidas sobre su implicación en los episodios fundamentales del M-19, su vida anterior, su entrada a la militancia, las primeras acciones del grupo, las experiencias en la cárcel, la toma de la embajada de la República Dominicana, el atentado, el asalto al Palacio de Justicia y reflexiones acerca de toda una serie de procesos ideológicos relacionados con la política colombiana.

A través del análisis de estos textos podemos afirmar cómo hombres y mujeres viven sus experiencias guerrilleras de manera diversa. Existen, pues, diferencias sustanciales entre el significado que las mujeres otorgan a su participación en el conflicto armado y el que le otorgan los hombres.

Advertimos de este modo que tanto la retórica como la temática y la exposición de la misma hacen eco de estas divergencias a la hora de enfrentarse y entender la vida en la revolución. Así pues, a diferencia de lo que ocurre en los textos llevados a cabo por los testimoniantes masculinos, vemos como las mujeres proyectan un discurso en el que la exposición de los hechos y el análisis emocional que producen los mismos van de la mano y se entremezclan en la narración. El resultado es, por tanto, la creación de un

texto en el que no sólo impacta la crudeza de los hechos contados sino que sorprende también al nivel de la retórica que reproduce.

Los testimonios femeninos narran de forma paralela los motivos de ingresar en los movimientos revolucionarios, la justificación de sus acciones ante el mundo, la situación económica, la reflexión sobre la familia y los amores que las han marcado, así como, sin excepción, los problemas relacionados con su sensibilidad maternal. Se trata de un narrar simultáneo y complejo que engloba en un todo la faceta más sentimental y los procesos históricos y políticos por los que atraviesa la testimoniante determinada. Se crea un lenguaje cargado de un lirismo mucho más patente, algo que depende tanto de los testimoniantes como de los mediadores que enfocan el texto. Todo este proceso lleva al resultado final del nacimiento de toda una retórica de la feminidad que se hace visible a través de este tipo de discurso.

Quizá la diferencia fundamental entre hombres y mujeres es que ésta últimas, probablemente debido a la invisibilización que ha sufrido desde los inicios del desarrollo histórico y la deconstrucción de sus referentes de género que experimenta en el interior de las filas guerrilleras, continuamente se plantea cual es el papel que, como mujer tiene en la guerra, de qué manera van adaptando sus especificidades a este mundo creado por hombres y qué posiciones les asignan los varones. Las tres testimoniantes coinciden en reconocer que existe un gran machismo en las jerarquías guerrilleras, algo que viene a reprimir y a anular sus rasgos de identidad.

¿Qué sentido tienen entonces estos textos teniendo en cuenta la realidad que acabamos de esbozar? Al ser sujetos que han sufrido procesos de desmonte de sus referentes de género abruptos, traumáticos y silenciados, la escritura de sus historias de vida, así como la exposición de las mismas a otro sujeto, tienen el sentido esencial de llevar a cabo una resignificación y revalidación de sus identidades.

Como afirman Londoño y Nieto en su obra *Mujeres no contadas*, a través de los textos se consigue, por una parte, la inclusión de las experiencias vitales dentro de marco oficial de la historia, lo que les permite, en la mayoría de los casos, recuperar el sentido de sus actos como agentes sociales en el devenir revolucionario en Colombia, y en segundo lugar, el camino para la cicatrización de las heridas que, luchas, muertes, torturas, asesinatos y sacrificios hayan podido quedar en sus almas (Londoño~F. y Nieto~V., 2006, 211).

Ya concluyendo podemos decir que a lo largo del ciclo que la lleva a la inserción en movimientos insurgentes y, posteriormente, a la desmovilización e incorporación a la

vida civil la mujer tiene que hacer frente a dos procesos. Por una parte asiste a toda una deconstrucción de su personalidad y sus referentes femeninos para adaptarse a una esencia que no le pertenece. Sufiría un proceso de despojo de su cultura. En segundo lugar, tendría que volver a construir lo anteriormente eliminado y pasar por una fase de regeneración, de reinención de sus puntos cardinales como mujer y de reconfiguración de la identidad que de manera abrupta se había visto obligada a abandonar en la guerra.

Ante esta situación, la mujer guerrillera tiene el afán de reescribirse ante el mundo, de huir del sistema y de la imagen que se le ha impuesto y de alzar su voz ante la necesidad de hacer que se le reconozcan sus méritos como agentes dentro de la historia nacional a la que pertenece. De esta manera se aferra a la posibilidad de contar su propia experiencia ante un sujeto que le “obliga” a desnudarse ante el papel y arrancar sus experiencias más duras.

Estamos asistiendo a todo un proceso de revolución cultural en Colombia desde este punto de vista, pues no sólo las mujeres que han tenido experiencias traumáticas o reseñables son las únicas que cogen el papel y la pluma, sino que las intelectuales, las escritoras y periodistas consagradas aprovechan sus dotes literarias para dar paso en sus obras a estas historias injustamente acalladas. Pero no sólo esto, sino que también, dentro del mundo de la crítica, son en su mayoría mujeres, aquellas que evalúan los trabajos de estas últimas. Así se crea todo un ciclo, todo un proceso de solidaridad que tiene como finalidad única sacar a la mujer de los estrechos diques a los que se ha visto sometida, redibujar su figura en relación con su historia y, por último, y en representación de todos los grupos sociales marginales, hacer un homenaje a todas aquellas, a las que la violencia en Colombia ha golpeado de manera especial, a estas Scherezades excombatientes que, «Escribiendo para no morir» hacen de sus textos tablas de salvación para ellas mismas y para toda la colectividad que las representa. A través de su expresión y sus escrituras aportan, una vez más, su grano de arena para la configuración de un país que camina para rescatar a sus mujeres de la violencia de la desmemoria.

Referencias

Lara, Patricia (2000). *Las mujeres en la guerra*. Planeta, Bogotá.

Londoño F. Luz María y Nieto V., Yoana Fernanda (2006). *Mujeres no contadas. Procesos de desmovilización y retorno a la vida civil de mujeres excombatientes en Colombia 1990 - 2003*. La Carreta Social Editores, Medellín.

Navarro Wolff, Antonio e Iragorri, Juan Carlos (2004). *Mi guerra es la paz*. Planeta. Bogotá.

Navia Velasco, Carmiña (2005). *Guerras y Paz en Colombia: Las mujeres escriben*. Universidad del Valle, Cali.

Salazar, Alonso J. (1993). *Mujeres de fuego*. Corporación Región, Medellín, 1993.

Sánchez Blake, Elvira (2000). *Patria se escribe con sangre*. Anthropos, Barcelona.